



# UN NÚMERO MÁGICO

VIII CONCURSO DE CUENTOS REPSOL S. A.

SEGUNDO PREMIO EN LENGUA CASTELLANA

Autora: **Judhit Rodríguez Cid**

AÑO 1995



En el siglo XX, viviendo un momento de intenso desarrollo técnico y científico en el que todo parecía ya haber sido estudiado y resuelto o cercano a su resolución, yo, una chica que todavía no contaba los 16 años, había sido capaz de descubrir, eso sí, casualmente, el motivo de siglos de estudio por parte de personas profundamente instruidas en el tema y pertenecientes a la religión judía. Estoy hablando del escondido poder de los números. La Cábala, libro judío, recoge las claves, la explicación de dicho poder, que tuvo que esperar muchos años para ser ejercido sobre las gentes, siendo yo, su primera, en principio, víctima.

Todo ocurrió una tarde de Otoño. A nadie le gusta el aburrimiento, y mucho menos a los jóvenes, aunque esta palabra esté siempre en nuestras bocas. Pero por una vez he de elogiar dicha sensación pues debo reconocer su «mérito» al ser el motor de uno de los más interesantes y trascendentes descubrimientos a lo largo de la historia del hombre Me refiero a la ejecución de los poderes cabalísticos.

Como estaba diciendo, mi relato se remonta a una aburrida y fría tarde otoñal. Una sensación de vacío invadía mi persona. Traté de llenarla, o al menos camuflarla durante un tiempo, pero todo fue en vano. En la televisión sólo estaban esos odiosos «Reality show». Estaba harta de escuchar siempre las mismas cintas y las mismas canciones en la radio y, aunque no me sentía

demasiado inclinada a la lectura, acudieron a mi cabeza frases que me decían en casa, cuando en uno de esos accesos de hastío decía ¡Jo, me aburro!, «pues no sea burra, señorita», o «el que ama la lectura nunca se aburre». Así que intenté sacar fuerzas y por una vez intentar hacer caso de la segunda recomendación.

Pero... ¿Qué leer? Si aún tuviese algún libro empezado... pero no daba vencido la inercia de tener que empezar uno desde el principio.

En ese momento me vino a la cabeza la imagen de mi padre comentándole a mi madre algo acerca de una novela que estaba leyendo y que le había llamado la atención. No entendía por qué, pero el hecho de que mi padre la estuviese leyendo me la hacía imaginar como un ser animado frente a la frialdad mortal de los libros que en la librería se me representaban nichos, con sus gusanos en forma de carcoma dando cuenta del trabajo de ilustres e ilusos genios.

Sobre el despacho encontré la novela. Su título es «El Péndulo de Foucault». Comencé a leerla. El libro comenzaba así:

Fue entonces cuando vi el Péndulo.

La esfera, móvil en el extremo de un largo hilo sujeto de la bóveda del coro, describía sus amplias oscilaciones con isócrona majestad.

Sabía, aunque cualquiera hubiese podido percibirlo en la magia de aquella plácida respiración, que el período

obedecía a la relación entre la raíz cuadrada de la longitud del hilo y ese número que, irracional para las mentes sublunares, por divina razón vincula necesariamente la circunferencia con el diámetro de todos los círculos posibles, por lo que el compás de ese vagar de una esfera entre uno y otro polo era el efecto de una arcana conjura de las más intemporales de las medidas, la unidad del punto de suspensión, la dualidad de una dimensión abstracta, la naturaleza ternaria del triángulo secreto de la raíz, la perfección del círculo».

Al llegar aquí paré. Lo primero que pensé es que, o yo no entendía nada o si esta era la forma de evitar el aburrimiento, ¡bendito aburrimiento!

Sin embargo, lo del «número pi» irracional para mentes sublunares me picó. Sin entenderlo sentía como si una de esas mentes sublunares fuese yo y lo de sublunar me sonaba a insulto.

Continuar con el libro desde luego no. Sería lo último. Así que me despaché con «¡Sublunar lo seras tú, Umberto!», o si me apuras, también mi padre por leerte. Pero no me quedé tranquila y fui al diccionario a ver que traía del número pi.

La primera sorpresa fue ver que era un número de 36 cifras (3,14159265358979323846264338327950288) aunque se habían calculado hasta 810 decimales. De entrada el numerito se las traía. Además era un número irracional, decía el diccionario, o sea, que si los mismos

matemáticos lo definían como irracional, no sería yo quien les enmendase la plana intentando entender algo irracional. Con ello dejé zanjado el asunto, volví a leer el número y miré la hora en el despertador, 3 y 10. En ese momento una sensación de sueño insuperable me dominó. Apoyé la cabeza en el escritorio y me quedé dormida.

Las campanas de la iglesia me despertaron más tarde, aunque no fui capaz de calcular el tiempo que pasé sumida en un extraño sueño.

Lo primero que hice tras incorporarme de la butaca, fue pensar qué era lo que había estado haciendo en los momentos previos a caer dormida.

Recordé mi lectura de ese inmenso número impreso en el diccionario, y mi brusco giro de cabeza para observar la hora.

Trataba de encontrar una explicación para mi repentino sueño.

Quizá fue ese giro de cabeza. Quizá me provocara un fuerte dolor, y quizá me obligara a caer en la butaca quedándome finalmente dormida, pensé, aunque me daba cuenta de que era una posibilidad demasiado estúpida para tener en cuenta. Una segunda suposición, a la que di una mayor credibilidad, fue un posible mareo a causa de la lectura de tantos números.

Interesada con esta última explicación para mi repentino sueño, decidí volver a leer varias veces la cifra que

había observado anteriormente escribiéndola en un papel, pero no ocurrió nada. Esto me tranquilizó y me hizo pensar que el motivo habría sido probablemente un mareo, pues notaba un cierto dolor en el estómago.

Miré de nuevo la hora en el pequeño reloj de la habitación. Apenas me dio tiempo de descubrir que estaba parado, pues seguía marcando las 3 y 10, cuando el sueño se apoderó de mí, cayendo, por segunda vez en la butaca. Alrededor de media hora después, me despertó mi madre y me riñó, achacando mi sueño a las vigiliias nocturnas de los fines de semana.

Este segundo «desmayo» comenzó a preocuparme y me obligó a pensar de nuevo en mis dos extrañas hipótesis, desarrolladas anteriormente, cuando me desperté por primera vez. Giré varias veces la cabeza, hacia la izquierda, hacia la derecha, de una forma brusca, lentamente.... Pero no pasó nada.

Después pensé en la idea de los números, pero si antes los había releído varias veces y no había ocurrido nada, ¿por qué habrían sido ellos los causantes de mi «doble siesta»?

Entonces me levanté con la intención de salir a la calle dejarme y olvidar esas tonterías. Al final, como casi siempre, terminaría teniendo razón mi madre y todo se quedaría en un sueño acumulado por quedarme de noche hasta altas horas de cachondeo. Sin embargo «un sí pero no» me dejó paralizada. Esto no es normal, me dije. Algo

hay, o en la habitación, o en los números, o si no estoy loca. Aunque la última suposición me pareció la más probable, era la que menos me agradaba. Así que, para intentar salvarme, junté las otras dos posibilidades. Al número pi le añadí la hora que figuraba en mi parado despertador. Al terminar de escribir la última cifra caí nuevamente en un profundo sueño.

Este sueño duró poco, pues mi madre nada más pasar por la habitación me despertó, ahora con menos contemplaciones. La verdad es que fingí entenderle y fingí estar arrepentida de lo que ella veía como motivo de mi sueño. Algo interior me decía que había descubierto algo transcendental.

Como estaba cansada de quedarme dormida y más de las riñas de mi madre no quise experimentar más en mí. Rápidamente encontré un conejillo de indias, el plomo de mi hermano pequeño. Si daba resultado, sería genial; en cuanto viniese a darme la tabarra le pondría el numerito y lo dejaría grogui. Pero justo hoy no se le ocurrió pasar por mi habitación, así que tuve que llamarle.

Para mi desesperación, basta que le llamase, para que no quisiera venir. Tuve que prometerle que si venía le dejaría entrar y hurgar en mi habitación cuando quisiera, aunque sabiendo que con mi arma secreta lo tendría dominado. Le engañé diciéndole que tenía que pasar a limpio unos números y necesitaba que me los dictara. Y

fue maravilloso, funcionó; con la última cifra se cayó al suelo como un muñeco de trapo.

Desde entonces hice varios experimentos y funcionaron.

Sólo con esa combinación. Bastaba que alterase alguno de los números, para que nada sucediese.

Todo el sábado y el domingo lo pasé dándole vueltas a este increíble hallazgo de modo que me olvidé completamente de hacer la tarea que me habían puesto en el colegio para el lunes. Tan inmersa estaba en el pensamiento de los números que hasta que a las nueve y media de la mañana del lunes, hora en que el profesor de matemáticas pronunció mi nombre para salir a hacer un problema no se me había pasado por la cabeza tal posibilidad de hacer el ridículo

Salí al encerado. No entendí ni la pregunta. Entonces, tal vez por instinto, intentando protegerme del ridículo, comencé a escribir la cifra en el encerado, que había aprendido de memoria después de tanto experimento. Mientras iba poniendo un número detrás de otro, el profesor miraba cada vez más extrañado, preguntándose interiormente qué era lo que estaba haciendo. Cerré los ojos con la intención de no quedarme también dormida nada más escribir el último cero, el profesor que ya se había levantado de la silla para reñirme por «escribir cosas sin sentido», como dice él habitualmente, cayó de nuevo en ella y cuatro o cinco estudiantes, las únicas que

estaban atentas al encerado, dejaron caer sus cabezas sobre los amados libros de matemáticas que tenían en el pupitre, con lo cual, al menos por una vez, resultó ser positivo no estar atento en clase.

Aprovechando la confusión provocada antes de unirme cínicamente a socorrer a mi víctima, borré rápidamente lo escrito.

El profesor despertó ante nuestra insistencia en zarrandearlo. Su mirada denotaba una mezcla de preocupación y perplejidad. No sé lo que pudo pasar por su cabeza, pero probablemente el subconsciente le aconsejó no volver a sacarme al encerado

Esta experiencia me hizo sentir poseedora de una fuerza que intuía poderosa, aún cuando no sabía determinar hasta qué punto podría ser utilizada para bien o para mal.

Hasta el momento, y aunque me había salvado de una mala nota, me parecía que el balance no era muy positivo.

Pero al mismo tiempo que estaban orgullosos de mi hallazgo, en mi interior sentía cierto miedo y escalofríos por no saber si este poder provenía de alguna fuente maligna. Por ello tenía ganas de comunicárselo a alguien y a la vez, quería mantener el secreto, para mí sola.

Fue entonces cuando me acordé del libro. Allí había encontrado el número, en medio de una literatura extraña y misteriosa para mí. Sí, aquella novela probablemente

contendría algo que me pudiese servir para entender o al menos adentrarme algo en el conocimiento de este misterio. Tal vez había sido injusta con su autor. Estaba claro que él daba importancia al número pi en realidad era la base de mi hallazgo.

Volví al libro. Apenas entendí nada, pero sí me valió como fuente.

Lo abandoné antes de la hoja 50, pero convencida de que, aunque nada entendía, lo mío era real.

Algunos sabios se pasaban la vida estudiando combinaciones de letras y números. Allí me enteré de la existencia de la Cábala. Me alegré y me asusté. Sentía necesidad de comunicárselo a alguien y aproveché la intriga de mi padre, por verme tan entusiasmada haciendo preguntas sobre temas tan extraños y ocultos que él mismo no lograba entender.

Creyó que sufría la influencia de algún amigo o amiga que estuviese al tanto de ciencias ocultas, probablemente mayor que yo, y temía que pudiese impresionarme. Por ello, un día me exigió que le explicase lo que me estaba pasando y quién estaba detrás de esto. En parte por no disgustarle, pero sobre todo por las ganas que tenía de hacer partícipe de mi descubrimiento a alguien de confianza, se lo conté todo.

Me miró con paternalista escepticismo.

—¿Quieres probar? —le dije.

–Sí, me contestó. Pero con una condición, si a mí no me pasa te olvidarás, de todo, lo dejarás, y en penitencia te leerás el Quijote.

Como estaba segura de ganar la apuesta, acepté, no sin advertirle que se sentase, por lo que pudiera pasar.

Me agradeció la advertencia y me dijo en tono burlón que no me preocupase, que tenía la cabeza muy dura. Y suerte que la tiene, porque el leñazo que se pegó al leer el numerito provocó un estruendo que alarmó hasta a los del piso de abajo y mi madre no necesitó leer el numerito para seguir la misma suerte. Al finl todo salió bien y se resolvió con unas compresas de hielo. Mi madre, que todavía no sabía lo que había pasado, se imaginaba que como mínimo había sido una lipotimia. No entendía la alegría que tenía mi padre y que mezclaba con ¡ayes! al ponerse las compresas sobre la sien.

Este fue el comienzo de lo que hoy es la conocida empresa IDN (Investigación y Desarrollo Numérico).

Consciente de la importancia del hallazgo, cabían dos posibilidades. O comunicarlo a todo el mundo, o explotar el descubrimiento. Si a mí me había costado comunicárselo a mi padre, qué no decir de lo que pensó él.

La humanidad se beneficiará, pero es justo que explotemos el hallazgo, dijo mi padre. Y cuántos potenciales clientes, cuántas personas que sufren insomnio, o simplemente tener la seguridad de poder dormir en el

momento que se desee, sin recurrir a sustancias potencialmente dañinas. Y así, tras patentarlo, fue prestada la fórmula a las más importantes cadenas de televisión, las cuales pasaban, coincidiendo con el horario de los niños y adultos, tres veces al día la secuencia numérica camuflada en forma subliminal para que no pudiese ser reproducida.

Se convirtió en el programa de más audiencia, lo que reportó cuantiosísimos dividendos con los que hoy, la I.D.N., continúa investigando nuevas combinaciones.

Ya se ha logrado una numeración para cortar el hipo y para crecer el pelo, aunque esta última tiene el inconveniente de crecer en todo el cuerpo.

Mi padre está muy optimista. Cree que en los próximos 20 años podrá estar a punto la de la felicidad.

Yo, sin embargo, aunque fui la descubridora, creo que la felicidad nunca será cuestión de números.